

Siria, ocho años después

Carlos LARRÍNAGA
Historiador

Se nos viene recordando estos días que la guerra de Siria se inició hace ocho años, cuando, en realidad, esto no fue exactamente así. En marzo de 2011 comenzaron las protestas en diferentes ciudades, solicitando la democratización del régimen y la liberación de los presos políticos. Eran manifestaciones en contra del poder ejercido por Bashar al-Asad y su familia, a la manera de cuanto estaba sucediendo en Túnez, Egipto o Yemen. Hubo analistas occidentales que lo denominaron la primavera árabe, emulando, en cierto modo, a los procesos democratizadores que se dieron en las antiguas repúblicas comunistas con la caída del muro de Berlín. Sin embargo, nada de lo acontecido en las sociedades árabes tenía que ver con esa "tercera ola" de la que habló en su día Samuel P. Huntington al analizar el paso de aproximadamente una treintena de estados de Europa, América Latina y Asia de un sistema dictatorial a otro democrático. En realidad, muchos de ellos habían disfrutado ya de gobiernos cuando menos liberales; en algunos casos hasta democráticos. En los países árabes, por contra, las experiencias de este tipo no eran desconocidas, tal como lo ha estudiado Georges Corm, pero tampoco formaban parte de una tradición política arraigada. No es éste el foro para hablar de los complejos nexos entre Islam y democracia, pero la verdad es que la idea de la democratización de la región supuso más una especulación que una realidad.

Obviamente, en aquel marzo de 2011 casi nadie podía imaginar que aquel descontento terminaría desencadenando un conflicto bélico que presenta numerosas aristas. En efecto, en primer lugar, se puede hablar de una contienda civil; o sea, entre sirios. Pero enseguida se dotó igualmente de una dimensión transnacional indudable. Casi desde el inicio, y apelando al sentimiento de la libertad, los rebeldes contaron con la ayuda de las potencias occidentales, empezando por los Estados Unidos de Obama, quien tuvo que ser convencido por Putin para que desistiera de llevar a cabo un ataque militar. Por su parte, la vertiente religiosa inmediatamente salió a relucir. Hay que señalar que una de las señas de identidad de la Siria actual es precisamente el respeto a todos los grupos religiosos: musulmanes (sunitas y distintas familias del chiísmo), cristianos (greco-católicos, ortodoxos o maronitas), drusos, etc. Es decir, su caracterización por la multiconfesionalidad, algo que se ha puesto en entredicho con el terrorismo practicado por Al-Qaeda y Estado Islámico. Estos grupos sunitas están patrocinados por las monarquías del golfo pérsico, que han visto en el tablero sirio una oportunidad de oro para imponerse sobre el otro gran rival en esa área, Irán, paladín del chiísmo. Lo que derivó, a su vez, en un enfrentamiento entre el sunismo y el chiísmo, con ramificaciones en toda la zona. No sólo en Siria, sino también en Irak y Yemen, por ejemplo. Los apoyos recibidos por Asad de Teherán y la milicia libanesa Hezbolá han servido para contrarrestar la fortaleza de esas bandas que, a la postre, han terminado por imponer su voz entre los opositores del mandatario sirio. Al punto que durante casi cinco años el EI ha llegado a establecer un califato islamista entre Siria e Irak, con capital en Mosul, eliminando así temporalmente las antiguas fronteras. Pero la conflagración ha servido asimismo para aflorar viejos nacionalismos, como el kurdo. Si los kurdos de Irak gozan de una amplia autonomía, los kurdos sirios buscan ahora un reconocimiento semejante de Damasco, en recompensa a su denodada lucha contra los yihadistas. Y para evitar, de paso, las operaciones de castigo de Turquía, cuyas fuerzas ocupan en este momento el cantón kurdo-sirio de Afrín como medida de precaución.

Pero, sin duda, la faceta más importante del affaire sirio tiene que ver con el nuevo panorama internacional. Las tirantes relaciones entre Obama y Putin han terminado con el sueño de un mundo unipolar descrito en su momento por Francis Fukuyama tras el fin del comunismo en la Europa Oriental. Superado el caos sufrido por Rusia en la década de los noventa, el acceso de Vladímir Putin al poder en el 2000 abrió una nueva fase de recuperación del orgullo perdido, inaugurando una nueva etapa de predominio bipolar, que ha podido recordar en ocasiones a la guerra fría. Sobre todo, tras el golpe de Estado contra el presidente ucraniano Yanukóvich y la apropiación rusa de Crimea. Incluso, la aparente buena sintonía entre Putin y Trump no ha servido para apaciguar unas conexiones harto complicadas. Las afinidades entre ambos líderes no son suficientes para crear un clima de confianza entre las dos naciones y menos cuando, pese a las conclusiones del informe del fiscal Mueller, no son pocos los que siguen creyendo que los rusos fueron determinantes en el triunfo del multimillonario al piratear el ordenador de Hillary Clinton.

En Siria han quedado, pues, delimitados perfectamente los dos bloques antagónicos. Por un lado, Damasco, Teherán y Moscú con el sostén de Pekín. Por otro, Riad, Washington y Tel Aviv. Ankara, de momento, ha estrechado sus vínculos con Moscú, aunque sigue mostrando serias reticencias hacia Bashar al-Asad. Por su parte, Israel trata de sacar tajada de la situación a costa de la amenaza que, según Netanyahu, supone Irán para todo el Próximo Oriente, compartiendo diagnóstico aquí con Arabia y convirtiéndose en extraños compañeros de viaje. Por tanto, aparte de las grandes cifras de muertos, desplazados, destrucciones, etc., Siria representa hoy en día la nueva división geoestratégica mundial.

27 de marzo de 2019

Publicado en *El Diario Vasco*, 29 de marzo de 2019, p. 24